
De güerita a gitana

Carmen Boulosa

No soy rubia, y la gente se ríe cuando les cuento que de niña lo fui, porque no parece verosímil que, con estas cejotas negras, y esta mata oscura de cabello, haya tenido algún día claras guedejas. Pero, aunque no sea rubia, siempre he sido en México una "güerita". En México, el adjetivo *güero* es calificativo de una persona de cabello claro y/o piel clara, pero también (horror racista) es un adjetivo que, implicando una piel clara existente o no, da a entender un trato de respeto. "Aquí tiene güerita", "cómo le va güerita", o "güerota", si es un "piropo" (aquí sí, ningún respeto). "Güera" no es solamente una manera de calificar por el color del cabello, ni por el de la piel. "Güera" y "güerita" encierran una clasificación de orden social. Yo siempre he sido en México una "güera" o una "güerita", en el metro, en el mercado, en la calle, una "güera" No le cabe a nadie la menor duda, aunque vista de doble k (suéter de terlenka naranja y pantalones topeka del peor corte y el más bajo precio), de mi oscuro origen, porque tengo el tono de voz de quien fue a una escuela privada, el sonsonete de los de mi colonia, la piel diferente que la piel de un indio (aunque no tanto, afortunadamente, si José Balza, el venezolano, me ha descrito en algún artículo como una "hada india"), y para ser mexicana soy alta, parezco provenir de una familia bien alimentada por generaciones. Es por esto que me dicen "güera".

Uno aprende a vivir acompañada por el "güerita", para bien y para mal. Recuerdo mis primeras caminatas sola en México, en la colonia de casa de mi papá. Los primeros que me llamaron "güerita", acompañando a la palabra de imprecaciones pavorosas de índole sexual, fueron los albaniles, los trabajadores de la construcción, que levantaban o remodelaban las casas de los ricos. Ellos me silbaban, y me gritaban güerita acompañado de obscenidades irrepetibles. Di

cho sea de paso, nadie caminaba por esas calles de ricos. Ir a pie no iba, no rimaba con su estilo. La calle no es el territorio común que los pies ennoblecen. Las aceras están vacías. Los carros ostentosos cruzan como relámpagos las distancias, así sean las de dos cuadras para ir a traer leche.

Tarde llegó a mi vida el güerita, porque no acompañé nunca a mi mamá al mercado de Jamaica (creo que no iba ella, sino la sirvienta con el chofer, no estoy segura), y mi única experiencia de mercado de comida fue en Huejutla, un pueblo indio donde pasamos un año cuando yo tenía ocho, pero ahí no se hablaba español. En otomí quién sabe qué cosas me decían mientras se burlaban desde su piso las señoras del mercado, tal vez porque yo no entendía ni pío, o porque traía pantalones, o no sé por qué. Tampoco ellas me entendían a mí. Pero ésa es otra historia, y me regreso a mi "güerita".

Aquí en Berlín he perdido por completo el "güerita" al que estoy acostumbrada, nadie me da el trato deferente que lo acompaña, mezcla de respeto y de burla. Porque ese trato existe en México, incluso cuando se omite el apelativo, como por ejemplo en una sucursal bancaria. Un cajero o una cajera en México difícilmente usará el término "güerita" que es tan populachero. Dirán "la señora", solamente, y si no basta, agregarán "la señora de Jeans", o "la del cabello largo", o "la que tiene el niño güerito".

En Berlín pasé del "güerita" a ser una forastera. El cambio me tocó en un viaje anterior a Alemania, y aunque fue más brusco fue menos perceptible, porque sólo me afectó por diez minutos. Entré a un tren, y quise ocupar un asiento en una caseta de las de seis personas, donde quedaba un lugar. Los cinco ocupantes previos eran cuatro niños y un profesor. Se necesitaba ser necio para quererse sentar entre ellos, pero no quedaba un solo lugar vacío en el resto del corto tren. En las demás casetas había niños y más niños, o adultos y más adultos. Era el único lugar que quedaba, no estaba reservado, y el viaje que me esperaba era de cuatro horas, que no me hacía mucha gracia hacer de pie. Además, la presencia del profesor me hizo creer que no gritarían demasiado los escuincles, y que si gritaban de más yo tenía ante quién quejarme. Pero en el momento en que quise sentarme, el profesor me negó el asiento. Esperé a que pasara el checador con su cachuchita para a señas explicarle mi problema, y me defendió ante el profesor que tuvo que apechugar y dejarme sentar en su nada envidiable territorio.

No iba a ir yo de pleito las cuatro horas, había dado una charla el día anterior, iba a dar otra esa misma tarde, y era conveniente, si había que hacer silenciar a los cabrones escuincles, tener por aliado al maestro. Así que en inglés le expliqué esto, que había dado una lectura, que daría otra, que venía un poco cansada, que por eso quería sentarme, que era yo una de la docena de escritores mexicanos que habían venido a la Feria de Frankfurt, etcétera. Muy amable, me contestó en perfecto inglés, pidiéndome que lo disculpara, que no fuera yo a creer que era racista, pero que me había negado el asiento porque creyó que yo era gitana, que de haber sabido desde un principio que yo era mexicana, me habría permitido sentarme desde el principio, que disculpas, que no era por él, ni por racista, reiteró, sino por los niños. El resto del viaje no intercambiamos más palabras, y por fortuna se bajaron a la hora, aproximadamente, desembarazándome de la compañía de los ruidosos y el racista, así que el resto del viaje leí tranquilamente, vi el paisaje, disfruté del silencio, o de esa especie parecida al silencio que es el tracatrac de los trenes.

Así que ' gitana. El destino me había cambiado del "güerita" deferente y socarrón, a "gitana". El cabello largo, las cejas oscuras, la piel no muy clara. En fin. Me dio un poco de risa, de alguna manera me alegró, y ahí acabó la cosa. O casi, porque en el momento en que iba a bajarme del tren, una verdadera gitana, parada entre los dos vagones, impidiendo que se cerraran las puertas, con un pie en un vagón y el otro en el otro, dejaba que la bailara el movimiento. Era muy bajita, setentona, y me miró directo a los ojos mientras se reía, baile y baile sin hacer ella un movimiento, hasta que el tren se paró. Por un momento, creí que la gitana se preparaba con un maleficio para echarse a volar, porque había momentos en que no tocaban el piso sus zapatos de niña.

También en ese mismo viaje, en Hamburgo, coincidí en un hotel con el rey de los gitanos, o eso me dijeron que era sus dos mujeres. El hombre era muy peculiar, y yo sí me creí lo del rey de los gitanos. Vestía un traje azul de rayitas blancas, cruzado al frente, desayunaba con sombrero, era bajito también (las dos mujeres eran altas como yo, lo que no quiere decir altas en parámetros germanos), y me envió una propuesta indecorosa con sus no muy jóvenes chicas, a la que yo educada me rehusé, explicándoles que ya tenía marido, que muchas gracias.

Era francamente indecorosa su propuesta, porque quería que también me casara con él (por un momento me arrepiento de no haber accedido a tamaña bestialidad. Con suerte, el rey de los gitanos hubiera compartido conmigo una generosa esposa que me ordenara mis papeles, me lavara los platos y la ropa, me guisara mis comidas, me limpiara la casa y cuidara de mí y de mis hijos. O por lo menos que me enseñara a volar, para no ver tanto polvo y no oír la aspiradora mientras acá abajo mi cuerpo se ocupa de las labores domésticas...).

En Berlín nadie me ha dicho gitana, nadie en los seis meses que llevo de visita, o viviendo aquí. Tampoco nadie me ha visto como una güerita. En primer lugar, porque no sé si exista algo parecido a esa denominación en esta ciudad. He visto a las señoras ricas, y a los señores ricos, muy de vez en vez (soy viajera del U-Bahn, no frecuento ninguno de los sitios donde ellos van), caminando en la Ku'damm una vez, y otra en un trámite que tuve que hacer en una escuela. Y claro que los ricos se ven distintos, o un cierto tipo de rico se ve distinto a los demás berlineses. Pero son de la misma proveniencia que los demás mortales, y a este pueblo, durante generaciones, le ha favorecido la bonanza, a pesar de las guerras. Las guerras han podido menos que la miseria postcolonial que ha afectado en México a los indios durante centurias. Aquí pasó ya hace mucho el tiempo en que a los niños se les daba de regalo en la Navidad un plato con comida.

La pérdida del "güerita" ha sido hasta cierto punto un alivio. Claro que habría preferido pasar de güerita a una ciudadana más, como debiera serlo en mi propia patria, y no de güerita a una extranjera que apenas balbucea, con maldita dificultad, dos o tres frases en alemán. Hubo un lugar, ahora que me acuerdo, donde a pesar de ser muy joven, de ser mujer, y de ser "güerita" fui tomada como una igual entre los demás. En mi corto paso por la Universidad del Estado, la UNAM, cuando llegué proveniente de la universidad de güeritos, la Iberoamericana, a medio camino de la Carrera de Letras que no pude terminar, porque la vida se cebaba contra mi juventud, poblándola de muertos y conflictos, ahí sí fui una ciudadana más, no una "güerita".

Así que el paraíso me duró poco. Cuando viví en San Diego no pude sentirme como una más, del pueblo. En las noches, me acuerda

ba de los helicópteros y los camiones-oruga persiguiendo ilegales mexicanos a pocos kilómetros de mi departamento, y siempre me sentí una forastera, aunque nadie me dio un trato que no respondiera al de una güerita. La proximidad con mi patria los ha entrenado para distinguir las castas mexicanas. Aquí sí que no me dan trato de "güerita". La cajera del supermercado de la esquina siempre me regaña. El del banco me habla recio como si fuera sorda. El cartero que me deja siempre los bultos grandes de los vecinas, porque soy la única del edificio que vive encerrada (no todos trabajan en una novela), me regaña también, enojado de que no hable yo ya el alemán con soltura.

Ya viera yo que en México el cartero, la cajera o la del pan me regañaran. "Cómo le va güerita". "¿Quiere probar, güerita?". O, "¿está la señora?". Y ni de chiste pasaría que me pidiera alguien le leyera en la mano la suerte, como cualquier día de estos me puede pasar por aquí, más tomada por hada que por una persona común y corriente.